

Validez histórica y literaria

Los girasoles en invierno

ALBALUCÍA ÁNGEL

Secretaría de Cultura y Alcaldía de Pereira, 2019, 237 pp., il.

“PERO EL infierno no tiene más que un tiempo, la vida recomienza un día”. Y al amparo de esta arriesgada profecía de Camus en el epígrafe, que promete vida aunque no necesariamente paraíso, Albalucía Ángel se lanzó a finales de los años sesenta a escribir su primera novela, *Los girasoles en invierno*, publicada en 1970.

En 2019, la Alcaldía de Pereira, en homenaje a la escritora, que nació allí, realizó la reedición de la obra completa y presentó su colección durante la Feria del Libro del Eje Cafetero. Con el fin de enmarcar un poco la obra de una escritora que sigue siendo desconcertante y temeraria, recurramos a lo que la crítica literaria especializada ha comentado, para entrar luego propiamente a la reseña. Casi todos coinciden en que el término “posmodernismo” es apto para estas búsquedas de voz y de estructuras narrativas; otros la reivindican como escritora del Boom por su cercanía, en París y Barcelona, con los escritores latinoamericanos que formarían parte de la constelación de esa época; los de más allá, en especial estudiando en retrospectiva sus escritos hasta los años ochenta, resaltan su feminismo, su intención de recobrar la voz de las mujeres y de plasmarla sin ambages en sus textos.

Cuando se lee *Los girasoles en invierno*, se comprende que los moldes de la academia no le cuadren del todo a Albalucía. Desde la primera parte –de las cinco en que está dividida la novela–, la narración, el lenguaje, el ritmo, el manejo de la ficción, la realidad y la fantasía fluyen sin muchos límites formales, se entremezclan, se separan, juegan a la deriva y al desgaire.

Como anticipándose a lo que se diría de este lenguaje, en las primeras páginas la narradora discurre sobre el tema:

La construcción de [...] una historia corre exactamente los mismos riesgos que en el juego de la ruleta rusa, o que la predicción sobre el café y la lluvia. Igualmente, es lógico, se salva o se resuelve de la misma manera: por coincidencia. Y me parece que la ley de las probabilidades tiene entonces doble filo... Moraleja: contar siempre con buenos elementos y saberlos colocar en la vertical correspondiente. Es todo. (p. 29)

Que lo haya logrado o no es asunto de los estudiosos. Lo cierto es que la novela logra atrapar al lector en sus vericuetos. No es de lectura fácil pero mantiene, con baches, despierto el interés, ya con la historia de Alejandra, la protagonista, y los personajes aledaños, ya con los malabares y experimentos del lenguaje, ya con las descripciones íntimas y apasionadas de París y Roma o de los paisajes griegos en donde se desarrolla la maraña.

En la primera parte, el trasfondo es La Baleine Bleue, un café parisino de barrio en donde el pasatiempo es observar a otros seres humanos y rumiar las miserias y alegrías personales. En este refugio, que permite

hacerles quite a la soledad y a una lluvia fría, gris, eterna y antipática, se dan los primeros trazos de la personalidad de quien narra en una primera persona, abiertamente autobiográfica. Y se comienza a registrar también el viaje “alucinado”, es decir, ensoñaciones íntimas y oníricas que, en una dislocación de la historia “principal”, insertan sagas del tipo *Perdidos en el espacio*, en un planeta subjetivo en donde cae igualmente “una lluvia minuciosa y opresiva” (p. 20), o como los viajes de Tom Sawyer, sin nombrarlos, en un guiño a las fantasías culturales de su generación.

Pronto aparecen los temas que serán recurrentes: los comentarios ácidos sobre París y los parisinos, la soledad y sus matices, la creación, el lenguaje, la cultura en sus representaciones arquitectónicas o pictóricas, el amor o sus sombras y reflejos, la percepción femenina del mundo, los vuelos de la fantasía y las continuas referencias al terruño de la infancia. También se esbozan ya los otros personajes que ayudarán a tejer la trama: José Luis, el pintor y amante, los amigos y amigas del entorno cercano y los personajes imaginarios del mundo interior, el de los soliloquios y ensoñaciones de Alejandra.

De esta primera parte, personalmente, destacaría una de las muchas descripciones memorables del metro de París; el tono sórdido será una constante del relato cuando se hable de la capital francesa:

El metro Odeón abre su boca oscura, por la que sale un vaho tibio [...]. Se camina por túneles forrados en mosaicos blancos y azules. Se entra a un vagón cualquiera [...]. La temperatura es una mezcla de calor humano, calor de humo y de máquinas recorriendo kilómetros [...] por el vientre de París (fragoroso hollinado oscuro vientre), mientras rostros de miradas huecas se mueven a derecha e izquierda, igual que muñecos de aserrín apelmazados. (p. 37)

La segunda parte ocurre en Roma y comienza con el grupo de amigos entrando a la discoteca Piper-Club. Ya sabemos también que la protagonista se gana la vida cantando variedades latinas en Europa. Sin embargo, Roma ya es otra cosa y de nuevo transcribimos un pasaje que cambia una vez más de estado de ánimo y de telón de fondo: “[...] hechizados por lo que llamaban la brujería de la ciudad, la metamórfica, la que usaba todos los días un disfraz nuevo. Ciudad-fuente, ciudad-laberinto, ciudad-cúpula... ciudad-circe... mirarla desdoblarse, multiplicarse como un coro vivaldiano, barroco, apretujado... ¡Roma! Era como embriagarse...” (p. 72).

Y la protagonista siente de nuevo que la vida es dulce, pues a ella el mundo de la gente “tristebunda” y abúlica le produce natural desolación. En Roma hay amor, sol, comidas donde Mario dei Fiori, tertulias, la inauguración de la exposición de José Luis el pintor; hay movimiento y pasión, aunque inevitablemente Alejandra viva parte de su vida en Júpiter o en Venus.

La tercera parte es un collage de estilos experimentales. Comienza con una historia narrada por un amigo mexicano de Alejandra, sobre un héroe revolucionario llamado Hermenegildo Estrada, un corrido con todos los dramas de ranchera que ella conoce por las canciones

que entona en los cafés y los conciertos. Y de vuelta a La Baleine Bleue y a las reflexiones filosóficas originales y notables sobre el miedo. Y en otro estilo, las “Memorias de una muchacha informalista”, el diario con un agrio pero eficaz sentido del humor, de “una venusina asilada en la Tierra. Sus impresiones, alegrías y sinsabores” (p. 170).

La penúltima parte sucede en Grecia. Ya aquí el Mediterráneo profundo llena de calor y luz los bailes y tabernas en donde corre la “sangre de Hércules”, un licor que si uno no ha bebido no puede acceder al paraíso; están las descripciones de la comida clásica y de los sonidos del santuri gimiendo. Es Mégara, verano. Y hay escenas de amor y viajes interiores y las negociaciones usuales de las relaciones en pareja.

Y la última parte, corta y de tono amargo y cínico de nuevo, la representa mejor este párrafo que encuentro bien logrado, una linda manera de describir una tormenta eléctrica:

[...] y el monstruo salió de la lluvia. El monstruo se alzaba sobre un millar de eléctricas patas azules. Caminaba rápidamente, terriblemente. Cada paso era un golpe. Donde se posaba una pata, un árbol caía fulminado [...] el monstruo tenía mil metros de altura y quinientos de ancho, e iba de un lado a otro como un gigante ciego. A veces, durante unos instantes, mil látigos le salían del vientre, latigazos azules y blancos que herían la selva. (p. 229)

Así que *Girasoles en invierno* no carece de interés histórico: mujer, escritora, cosmopolita y a la vez hija de su tierra. Ni de interés literario: búsqueda de una voz propia, expresión sin pudores de un mundo interior repleto de sensaciones e ideas, y una artesanía experimental con las palabras.

Es una lástima, sí, que la edición no sea tan bien cuidada como debería. La escritora está viva y bien podrían haberle preguntado sobre algunos errores evidentes en el texto. A la revisión de pruebas realizada por Ediarte SAS se le escapan errores evidentes, y bastantes. Cambiar Guagin por Gauguin, o “juristas” por “turistas”, o “el solo” por “el sol”, entre otras tachas, habría evitado los incómodos tropezones del lector atento.

Ignacio Zuleta Lleras